

La posmodernidad

El presente trabajo analiza el consumo latinoamericano del discurso posmoderno durante los años noventa. Para tal efecto, aborda los resultados de la polémica sobre el posmodernismo latinoamericano, repasa los argumentos de la aceptación y rechazo de éste, para luego, apuntar la posibilidad de una nueva fase del uso de los discursos posmodernos en las sociedades latinoamericanas. La argumentación mediante la cual se desarrolla este trabajo agrupa posiciones sin descartar la posibilidad de que alguno de los participantes rechace la clasificación binaria de las enunciaciões del objeto. Asimismo, el trabajo supone que la propuesta que se presenta es parte del saber producido a partir del posmodernismo europeo y estadounidense.

Alfredo Zavaleta Betancourt
Universidad Veracruzana

Preocupados por lo que leímos en la correspondencia entre algunos intelectuales iberoamericanos (Cansino, 1999a; Lanz, 1999; Follari, 1999), acerca del punto final de un ciclo de la polémica de si las sociedades latinoamericanas eran postmodernas o no, nos preguntamos: ¿qué sentido tiene para nosotros una polémica que ha procedido de esta forma? ¿Es aceptable bajar la guardia diciendo "está bien, tienes razón, en parte, las sociedades latinoamericanas son al mismo tiempo modernas y postmodernas? ¿Hay algún arsenal discursivo y práctico en esta polémica que aún pueda utilizarse en los sistemas y la sociedad civil de las sociedades latinoamericanas?

1. Las sociedades latinoamericanas producidas por los ajustes estructurales se caracterizan por la creciente diferenciación desigual, la militarización como piso de las democracias electorales y el intercambio de bienes de soberanías. Al respec-

Como el mismo autor indica, el presente trabajo analiza el consumo latinoamericano del discurso posmoderno durante los años noventa. Para ello accede a los resultados de la polémica sobre el posmodernismo en Latinoamérica, hace una revisión de la aceptación y el rechazo de este discurso para después apuntalar la posibilidad de una nueva fase en el uso de los discursos posmodernos en las sociedades de América Latina. Asimismo, se plantea que este trabajo supone que la propuesta que se presenta es el resultado del saber producido a partir del posmodernismo europeo y estadounidense.

As the author himself indicates, the present work analyzes the Latin American consumption of the postmodern discourse during the 90's. For this, he assents to the results of discussion about postmodernism in Latin America, makes a revision of the acceptance or rejection of this discourse, then proceeds to advocate the possibility of a new phase in the use of postmodern discourses in Latin American societies. Likewise, he states that this article assumes that the proposal presented is a result of the knowledge stemming from European and American postmodernism.

en América Latina

to, algunos filósofos y sociólogos latinoamericanos (Cansino, 1999a; Lanz, 1997a; Follari, 1999) han desarrollado una polémica acerca de la utilidad del discurso y las prácticas postmodernas para describir los procesos de inserción de estas sociedades a los mercados globales y los organismos mundiales. Para los intelectuales que participaron hasta ahora en la polémica, el punto es si las sociedades latinoamericanas experimentan procesos de posmodernización y si los discursos posmodernos son útiles para describir y reorganizarlas.

La polémica se ha desarrollado en un campo discursivo configurado por el sistema educativo y las estrategias discursivas de un sinnúmero de intelectuales, que en distintos ciclos de ésta, han intervenido para aceptar o rechazar la utilidad del pensamiento posmoderno. Una arqueología del consumo latinoamericano de los discursos posmodernos indica que esas múltiples tomas de posición discursiva y política han configurado a la postmodernidad latinoamericana como un objeto de conocimiento, al margen de los resultados que esta polémica ha producido en torno al reconocimiento de la posmodernización latinoamericana.

En una observación descuidada, los intelectuales participantes en la polémica podrían presentarse como si existieran en tanto se interesan por ésta, e incluso como si no hubieran variado la posición, aún cuando hubiesen incluido algunas aclaraciones retrospectivas, sin embargo, un procedimiento de tal tipo cedería a la tentación de la metafísica de la presencia en la medida en que supondría que la función de autor de los participantes en la polémica, ha permanecido estable en una posición continua de aceptación o rechazo del objeto de conocimiento de la polémica.

Por el contrario, desde una observación más cuidadosa, las disputas discursivas pueden mirarse

como estratos y agregados de un conjunto de discursos, que más que garantizar la continuidad de las posiciones, produce una discontinuidad de posturas que hacen posible ciertas autocorrecciones e incluso, bajar la guardia, por cálculo de intereses o simplemente, por desgano.

En esta polémica, los participantes—referidos adelante—han utilizado un conjunto de estrategias institucionales y discursivas, tales como el control de las editoriales, la estructuración de redes virtuales y la denuncia ensayística de las posiciones contrarias. Así, quienes han rechazado que las sociedades latinoamericanas experimentan procesos de posmodernización y que los discursos posmodernos son útiles para describir esos procesos (Zermeño, 1988; De la Garza, 1995; Cansino, 1988), dijeron con ellas algo así como: a) esa discusión es una parte de la colonización discursiva de autores etnocéntricos, b) la modernidad no se ha concluido para conceder que los latinoamericanos somos posmodernos o bien c) los discursos posmodernos son una burla para los excluidos por los ajustes neoliberales. En contraparte, los posmodernos «en» Latinoamérica simplemente replican algo así como: a) esos procesos no son externos, b) el discurso posmoderno puede facilitar una nueva cartografía del pensamiento y la región latinoamericana.

Por supuesto, estas estrategias discursivas han producido posiciones múltiples que pueden reducirse a la aceptación o el rechazo de la lógica binaria del objeto, autores prestigiados—como los que comentaremos más adelante—que han hablado como expertos e iniciados y una serie de interpretaciones singulares de las posiciones contrarias de las que ha dependido la prolongación de la polémica, antes de “observar” que se tiene más en común de lo que las posiciones iniciales eran capaces de conceder. Al respecto, el primer ciclo de la polémica ha terminado

con un punto final que dice más o menos: "en lo general, encuentro una gran afinidad con algunas de las posiciones que ustedes defienden. Descubro que nuestras diferencias son menos serias de lo que a primera vista parece" (Cansino, 1999a: 791).

Es un supuesto compartido que la polémica comenzó a producirse una vez que los intelectuales latinoamericanos (cfr. Cansino, 1998; Brünner, 1998) hicieron eco del enunciado en que Jürgen Habermas clasifica a los postestructuralistas franceses como "anarquistas estetizantes y nuevos conservadores" (vid. Habermas, 1989), y asimismo que se ha cerrado, quizá en su primer ciclo, con los últimos interesados en el desarrollo de ésta mediante una correspondencia a cuenta gotas, a pesar de la multiplicación de las comunicaciones virtuales latinoamericanas. ¿Cuáles han sido los ciclos de esta polémica?, ¿cómo ha sido el consumo discursivo de los enunciados posmodernos en las sociedades latinoamericanas?

2. La emergencia del discurso posmoderno en los sistemas educativos y culturales latinoamericanos comenzó con una descripción del desencanto político de los izquierdistas regionales. La descripción insistía en una «crisis» de la identidad, en un «clima» europeo y estadounidense que influía en las discusiones acerca de la democratización de la política latinoamericana. Para esta observación, el discurso posmoderno contribuyó a la secularización de las observaciones acerca de la política, el estado y los partidos políticos, aunque eso no significó la entrada a la postmodernidad (vid. Lechner, 1990: 111).

La descripción de la impronta del discurso posmoderno en las ciencias sociales latinoamericanas delimitó su influencia y señaló los límites de éste. El discurso posmoderno ayudó, así, a desmitificar la cultura militante izquierdista, pero sobre todo renunció a la construcción de «un horizonte de sentido»; secularizó la política pero introdujo a la política "una socialidad menos rígida y un goce lúdico" (: 112).

Un paso adelante de esta perspectiva, desde la «veta intermedia» entre los críticos modernos y los postmodernistas, Martín Hopenhayn se propuso «latinoamericanizar el debate posmoderno» a partir

de pensar su utilidad para la descripción y explicación de los procesos de modernización de las últimas décadas. Para tal efecto, denunció el uso neoliberal del discurso posmoderno orientado a reproducir la hegemonía cultural de los capitales regionales y mundiales, pero asimismo, nos emplazó a abandonar la retórica que presenta a los discursos posmodernos como moda intelectual (Hopenhayn, 1995: 158).

Esta perspectiva, mediante la estrategia de territorializar un debate, decía que el discurso posmoderno era susceptible de múltiples usos. A contrapelo del uso del discurso posmoderno como una ideología funcional a los mercados y los estados, esta observación se propuso demostrarnos que éste era útil para reflexionar sobre los estilos de modernización a los que han sido sujetas las sociedades latinoamericanas y para construir un nuevo proyecto colectivo. El uso crítico del discurso posmoderno señaló la paradoja de los latinoamericanos entreverados entre el "posmodernismo por osmosis" en medio de una "modernidad pendiente" (Hopenhayn, 1995: 178).

En esas circunstancias, sobrevino el primer inventario. Bajo el supuesto de la necesidad de un pensamiento latinoamericano, el discurso posmoderno europeo e iberoamericano se presentó como una herramienta. Los historiadores latinoamericanos insistieron en la necesidad de "investigar los procesos microsociales de posmodernización objetiva de la cultura, de las prácticas sociales, de los equipamientos intersubjetivos" mediante una "nueva óptica", una nueva perspectiva crítica (Lanz, 1997a: 440; 1998: 84).

Esta perspectiva que no desaprovechó la oportunidad de advertir que era distorsionada por algunos autores, se autodescribió como postmoderna y "libertaria". Desde ese emplazamiento discursivo, sostenía la necesidad de un giro social, político y cultural de la "postmodernidad pasiva realmente existente" a una actitud teórica y práctica reflexiva orientada ética y estéticamente, para desconstruir el desorden social producido por el neoliberalismo en las sociedades latinoamericanas (Lanz, 1997b: 442).

Por supuesto, las variaciones de esta observación reestabilizaron la perspectiva. Otro discurso,

familiar, con un aire de parentesco institucionalizado, aliado al precedente decía que si bien el neoliberalismo se había acoplado al posmodernismo existía una diferenciación discursiva entre ellos. En efecto, para este discurso cosmopolita el impacto de los procesos neoliberales en las sociedades latinoamericanas coincide con las tendencias de tiempo largo de la posmodernización mundial, sin embargo, estos últimos contendrían "dentro de su condición" no sólo al neoliberalismo sino además a sus opositores críticos que se proponen "reinventar una ligazón entre vivencia y proyección activa" (Follari, 1999). Al final, para sorpresa, este discurso se decantó hacia la crítica del bostezo "desconstruccionista y foucaultiano" y de los "desvarios políticos [...] postcoloniales" (Follari, 2000).

A un lado del neoliberalismo, el discurso posmoderno es asumido por esta perspectiva para una autodescripción societal. La nueva promesa del discurso posmoderno es ahora un nuevo relato de lo posible y lo necesario. El discurso posmoderno "latinoamericanizado" no sólo constata el encuentro de un discurso desanclado de sus territorios "clásicos" y la modernización neoliberal latinoamericana, sino que además se propone un nuevo programa que se atiene a la incredulidad de los ciudadanos ante la política, a la incertidumbre acerca de la direccionalidad de nuestras sociedades y a la descarga de las convicciones de los estilos militantes.

Ahora bien, a contrapelo, distantes de la queja de incompreensión y las acusaciones de equívocos, otra serie de discursos rechaza las observaciones postmodernas en sus versiones discursivas y societales. El comienzo del rechazo puede localizarse en la historicidad discursiva del objeto posmoderno latinoamericano, en aquel análisis en el cuál la postmodernidad es presentada como aparentemente necesaria, pero distante de los problemas estructurales del «desorden social» latinoamericano (cfr. Zermeño, 1988, 1996). La idea de que la postmodernidad es contradictoria con la desigualdad de los ciudadanos latinoamericanos se gestó a partir de una estrategia simple, que consistió en comparar los niveles de ciudadanía de las sociedades en las cuales se había producido el discurso posmoderno, y los niveles de ciudadanía en los que el consumo

discursivo de éste le fabricaba una legitimidad, para hacerlo a un lado como una moda decadente.

En ese caballo se montaron otros autores, como De la Garza, que decían contra «el inmovilismo posmoderno», que el discurso de la postmodernidad había posibilitado que los intelectuales latinoamericanos importaran polémicas de los países «desarrollados», en medio de una situación caracterizada por la crisis del discurso dependientista y la derrota de los sujetos sociales y políticos. Para estos autores la postmodernidad latinoamericana es un «estado de ánimo», una "serie de impresiones mal elaboradas con fórmulas importadas mal adaptadas para América Latina" donde "el hedonismo se convierte en masoquismo" (De la Garza, 1995: 93).

¿Quedaba algo por decir para rechazar el discurso posmoderno y la supuesta posmodernización latinoamericana? Por supuesto, no sólo que había versiones postestructuralistas que no «caían en la fragmentación postmoderna total» (De la Garza, 1993), sino que además era preciso, entre otras cosas, tematizar el fracaso del discurso posmoderno. Un ensayo breve orientado a describir los diagnósticos latinoamericanos en las dos últimas décadas del siglo pasado decía, una vez hecha la descalificación de los consumidores irreflexivos de los discursos europeos, que los intelectuales latinoamericanos que abrazaron el discurso posmoderno "deberían ubicarse más en la variable izquierda que derecha" (Cansino, 1998: 451).

Esta observación acusaba a los intelectuales posmodernos de producir diagnósticos radicales y ofrecer soluciones conservadoras. Para esa perspectiva, sólo algunos intelectuales, una minoría, entre los cuales se encuentran Lanz y Follari, escapa a los dogmas. De acuerdo a ésta, los discursos posmodernos de una minoría de intelectuales, usan este «dispositivo teórico» para explicar la especificidad de la región latinoamericana, mediante una "argumentación sustantivamente correcta" (Cansino, 1998: 452).

Desde ese emplazamiento sostiene que los posmodernos latinoamericanos habrían señalado la presencia de los signos de la crisis de la modernidad europea en Latinoamérica, a pesar de que en éste no se ha completado la modernidad. La puntilla del dis-

curso antidogmático es presentar al discurso posmoderno como incapaz de proponer «fundamentos éticos» para la política. Al respecto, la misma estrategia: los posmodernos y sus discursos son relativistas y han renunciado a los proyectos colectivos. El discurso posmoderno no «podrá resolver el problema ético».

Aún más, para cerrar el círculo del rechazo, otra observación corona la empresa de denuncia de los riesgos del discurso posmoderno. Ahora, como resonancia de la denuncia estadounidense del posmodernismo anglosajón que ha sido presentado como «la expresión interna y superestructural de toda una nueva ola de dominación militar y económica norteamericana» (Jameson, 1995), o bien como «una impostura intelectual» (Sokal-Bricmont, 1999), esta observación culmina presentando una vez más al discurso posmoderno como cómplice de las desigualdades de la globalización. Una muestra de esta observación puede hallarse en la idea de un «globalismo posmoderno» planteada por Brünner (1998).

Pues bien, la polémica urdida en los sistemas educativos y culturales mediante ensayos, entrevistas y libros, mostró un nuevo ciclo. La respuesta de los postmodernistas ha sido contundente al grado que algunos de los críticos más mesurados han tenido que reconocer que en esos discursos sobre las sociedades latinoamericanas, existe un espacio para cuestionar algunos de los problemas estructurales de éstas, tanto como desarrollar una perspectiva nueva en los discursos de las ciencias sociales (cfr. González Casanova, 1998).

Por un lado, una carta en respuesta a las misivas (Cansino, 1999b) de los «quejumbrosos» posmodernos latinoamericanos a una revista que se autodescribe como la mejor en su género en Latinoamérica dice —una vez más, haciendo eco de la promesa de «responder a ésta crítica»— que dejará para otra ocasión «una réplica puntual a sus observaciones» (Cansino, 1999a: 791). Por otro lado, emerge la insistencia en que el nuevo paradigma de las ciencias sociales se construirá en parte con el discurso posmoderno radical, mediante un procedimiento que una «la reflexión postmoderna a las reflexiones y acciones modernas subyacentes y a las

situaciones concretas del país en donde vivimos» (González Casanova, 1998: 136; 1999: 5).

3. Ahora bien ¿puede seguirse una alternativa distinta del rechazo fácil y el nuevo encantamiento? Al respecto, los filósofos y sociólogos latinoamericanos, reñidos entre modas y análisis empíricos locales, sin puntos teóricos compartidos, han defendido las ciudadelas lejanas, antes que sus propios villorrios modificados por la globalización y los discursos posmodernos. El punto es: si la globalización y los discursos posmodernos existen, ¿cómo nos hemos incluido en ellos para reproducirlos a escala ampliada?

Después de este ciclo, la nueva fase de la discusión tendrá que orientarse no sólo al reconocimiento de la banalidad del problema de si los latinoamericanos debemos o no utilizar los discursos posmodernos en nuestras autodescripciones, sino además, hacia ¿qué autores, categorías y conceptos posmodernos describen adecuadamente los procesos de inserción global de nuestras sociedades nacionales?

En el primer caso, hay un acuerdo acerca del potencial heurístico del léxico posmoderno. En el segundo caso, las cosas son más complejas debido a las múltiples tribus que existen en el campo de las ciencias sociales latinoamericanas. Para que exista una posibilidad de acuerdo, sin eliminar los disensos, es preciso que los emplazamientos desde los que se rechazó o aceptó el discurso posmoderno sean sujetos de una crítica.

El emplazamiento de los distintos autores (Zermeño, 1988; De la Garza, 1995; Cansino, 1988) que mediante diferentes estrategias discursivas, rechazaron el discurso posmoderno anglosajón y latinoamericano, era el posmarxismo y el marxismo radical. Los emplazamientos de la aceptación estaban anclados en el posmarxismo. Los autores postmarxistas y marxistas radicales que rechazaron el discurso posmoderno se opusieron al posmodernismo, porque la circulación de éste emergió en un momento en el cual —a pesar de sus diferencias fuertes— parecía aliado al neoliberalismo, sin embargo, fueron incapaces de sacar las conclusiones sobre su «positividad».

Por esta razón, los postmarxistas y radicales aceptaron la teoría de la acción comunicativa de Habermas y rechazaron el discurso de Michel Foucault, Félix Guattari, Niklas Luhmann, Richard Rorty —calificados de anarquistas y neoconservadores— pocos fueron aquellos que se propusieron una recuperación territorializada de esos autores sin sumarse a la disputa cultural y académica que exportaron con una pretensión cosmopolita y eurocéntrica los autores europeos.

Así, los postmarxistas y radicales, sujetos a un discurso epistemológico con residuos positivistas apenas y considerando el sentido heurístico de la genealogía foucaultiana, la ecosofía de Guattari, la doble observación constructivista radical de Luhmann y el ironismo liberal rortyano, para un discurso epistemológico postpositivista latinoamericano, aunque ahora ninguno de estos autores —por lo menos Rorty, aun vivo— puedan clasificarse como posmodernos.

En tales circunstancias, para los postmarxistas y marxistas radicales latinoamericanos era mejor denunciar la colonización interna y externa de las sociedades latinoamericanas, antes de aceptar la necesidad de la reproducción de los sistemas y la diferenciación social, el panoptismo social, la estructuración de las acciones sociales... antes de asumir a los sujetos, las clases, los grupos y los individuos como sujetos preexistentes para consolidar las descripciones de las sociedades latinoamericanas.

Las automodelaciones de los autores europeos —producto de sus luchas discursivas— produjeron algunas posiciones inesperadas para quienes fijados en las posiciones duras de los emplazamientos antipostmodernistas en Latinoamérica no esperaron esos consensos: ¿podría anticiparse que Habermas concediera a Luhmann un componente sistémico de la sociedad?; ¿podría esperarse que Foucault terminara defendiendo los derechos humanos y autodescribiéndose como un intelectual cercano a los teóricos críticos?; ¿podría esperarse que Luhmann hubiera borrado su itinerario cripto-postestructuralista?; ¿podría esperarse que Rorty —a pesar de su patriotismo de la desigualdad— insistiera

en la renovación de la participación política? Por supuesto, no, pero ¿podemos seguir ignorando esas novedades? Por supuesto, no.

En el caso de los autores postmarxistas que aceptaron los discursos posmodernos, la filiación a los discursos europeos y estadounidenses se dio en un contexto marcado por el hastío producido por los discursos marxistas clásicos y dependencistas, que apenas y reparaban en las prácticas culturales y escolares. Los postmarxistas latinoamericanos postmodernizados se incluyeron en el debate, más para apurar la superación del dogmatismo positivista de los marxistas radicales —compartido por la mayoría salvo uno que otro postmarxista— que para proponer una alternativa política radical, ni socialista ni neoliberal.

En efecto, los posmodernos latinoamericanos (Lanz 1997; Follari 1999, Hopenhayn, 1995) identificaron procesos de posmodernización, renunciaron a los metarrelatos y llamaron a la renovación del trabajo académico y la política; sin embargo, no han pensado sistemáticamente la singularidad de los procesos económicos políticos y culturales de posmodernización, desde una perspectiva local y global que les permita apuntar la especificidad de la integración de las sociedades latinoamericanas al mercado y la sociedad mundial, asimismo, no han ido más allá de señalar la posibilidad de un proyecto colectivo sin señalar sus mecanismos organizacionales, funcionales y discursivos.

En estas circunstancias, el uso de los discursos, categorías y conceptos posmodernos puede ayudarnos a describir para transformar las tendencias de integración económica, democratización de baja intensidad y baja intensidad democrática, así como los mercados de soberanía en los cuales nos involucramos e involucran las élites nacionales e internacionales.

De esta forma, los procesos de modernización y posmodernización en las sociedades latinoamericanas pueden ser descritos mediante una perspectiva más consciente de sus limitaciones racionales, así como mediante una serie de descripciones sobre las nuevas economías subneoliberales, los mecanismos de gobernabilidad militarizada y mediática de

los ciudadanos, pero además los procesos de estructuración de nuestras sociedades diferenciadas desigualmente. En esas circunstancias se ha producido una multiplicación de las inclusiones sociales legales e ilegales, multiplicando los movimientos, las organizaciones y la sociedad civil.

Pero la descripción de estos sujetos no puede hacerse como se hacía antes ni esperarse lo mismo de ellos. No tiene mucho sentido exagerar la desaparición de nuestros estados nacionales antes de describir cómo están organizados y cómo están funcionando actualmente, tampoco hablar de la entrega o violación de la soberanía nacional como contraparte del discurso de la defensa, mucho menos hablar de las identidades del consumo, cuando la mitad de los latinoamericanos apenas y logran el subconsumo, tampoco de movimientos de sociedades civiles homogéneas no diferenciadas.

Al respecto, las sociedades latinoamericanas se diferencian desigualmente no mediante procesos duales de doble piso, sino de múltiples pisos con una estratificación inestable, del mismo modo, los estados nacionales otorgan la democratización electoral, pero no la democratización liberal, tampoco la democratización social, las élites negocian la soberanía para la reproducción de los capitales mundiales en condiciones de desventaja sin control sobre la permanencia de los capitales ni de la responsabilidad por los costos ecológicos generados por las industrias transnacionales, mientras autocontienen la migración.

La posibilidad de un nuevo discurso para las ciencias sociales que recupere los discursos posmodernos depende de la capacidad de éstas para describir e imaginar el tipo de sociedad nacional que deseamos incorporar a la sociedad global. En sentido estricto, tenemos pocas alternativas, o la integración irreflexiva y elitista o la integración de la sociedad mediante una serie de redes transversales. Asimismo, es necesario que las propuestas de renovación de la política no sean sólo simples señalamientos, sino que además tomen como base las distintas formas de resistencia social y las expectativas políticas de los ciudadanos y ciudadanos de las nuevas sociedades latinoamericanas producidas por el ajuste neoliberal.

En efecto, será necesario que las propuestas políticas beneficiadas por las ideas postmodernas de los partidos transversales, las luchas microfísicas, las microrrevoluciones y las campañas —conscientes de las relaciones de poder que vehículan— no se ahoguen en un discurso de contrapeso que no quiere el poder, sino que asuman el problema técnico de la gobernabilidad como una necesidad de un nuevo tipo de integración social transversal no centralizada nacionalmente, sino mediante redes locales y globales que garanticen no sólo una sociedad civil global diferenciada sino además un gobierno mundial, que responsabilice a los capitales mundiales de los desastres sociales y ecológicos.

Bibliografía

- Brünner, José Joaquín
1998 *Globalización cultural y postmodernidad*, México, FCE.
- Cansino, César
1998 "Democracia y sociedad civil en América latina. Una revisión crítica de los diagnósticos latinoamericanos en los años ochenta y noventa" en *Revista Metapolítica*, núm. 7, México.
1999 "Respuesta preliminar del Editor" en *Revista Metapolítica*, núm. 12, México.
- De la Garza, Enrique
1993 "Postmodernidad y totalidad" en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, México.
1995 "Estructuralismo y positivismo en tiempos de la postmodernidad" en (Zelman, Hugo. Coord.) *Determinismos y alternativas*. Venezuela, Nueva sociedad.
- Follari, Roberto
1999 "Inflexión posmoderna y calamidad neoliberal: fin de fiesta" en *Teoría social y educación en el contexto de los procesos globalizadores*. México, UPV.
2000 "De nuevo Sartre, ante el desvanecimiento de la filosofía", Argentina, Inédito.
- González Casanova, Pablo
1998 "Reestructuración de las ciencias sociales: hacia un nuevo paradigma" en Briceño-León, Roberto y Sonntag

- Pueblo, época y desarrollo. La sociología de América Latina.* Venezuela, Nueva sociedad.
- 1999 *Ciencias sociales: algunos conceptos básicos.* México, XXI-UNAM-CIICH.
- Hopenhayn, Martin
1994 *Ni apocalípticos, ni integrados.* México, FCE.
- Jameson, Frederic
1995 *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado.* España, Paidós.
- Lanz, Rigoberto
1997a "Esa incómoda posmodernidad. *Pensar desde América Latina I*" en *Revista Metapolítica*, núm. 3, México.
1997b "Esa incómoda posmodernidad. *Pensar desde América Latina II*" en *Revista Metapolítica* No. 3, México.
1998 "La sociología que viene. Pensar después de la post-modernidad" en Briceño-León, Roberto y Sonntag *Pueblo, época y desarrollo. La sociología de América Latina.* Venezuela, Nueva sociedad.
- Lechner, Norbert
1990 *Los patios interiores de la democracia.* México, FCE.
- Maestre, Agapito
2000 *La escritura de la política.* México, Ediciones CEPCOM.
- Sokal, Alan y Bricmont
1999 *Imposturas intelectuales.* España, Paidós.
- Zermeño, Sergio
1988 "La posmodernidad" en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3, México.
1996 *La sociedad derrotada.* México, Siglo XXI.